Círculo Rojo

Namasté Katmandú

Namasté Katmandú

Crónica de un viaje solidario al corazón de Nepal

Francisco Delgado-Iribarren Cruz

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2017

Depósito legal: AL 929-2017

ISBN: 978-84-9160-874-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Francisco Delgado-Iribarren Cruz
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Diseño de cubierta: Francisco Javier Martínez Matos
© Fotografía de cubierta: Francisco Delgado-Iribarren Cruz

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Dedicado a toda la familia del
Himalayan Komang Hostel.

“Sal de tu tierra”
(lema del DOMUND 2016)

ÍNDICE

Prólogo..... 13

Día 30: Volando al otro lado del mundo 15
Día 31: Aeropuerto de Doha - Recibimiento en Katmandú... 19
Día 1: Amanece en Katmandú - Templo de Buda..... 27
Día 2: Plaza Durbar de Katmandú 41
Día 3: Patan 47
Día 4: *Momoday* - Primer *speech* *53*
Día 5: Parque nacional Shivapuri Nagarjun - Monasterio de Jonang 59
Día 6: Monasterio de Kopang - Primeras clases de matemáticas...65
Día 7: De Pashupatinath al Singha Durbar..... 67
Día 8: Haikus en la azotea del Paradise..... 73
Día 9: Templo de Goyarka Mahadev - Entrevista a Rinpoche.....79
Día 10: Himalayan Café - Taller de periodismo..... 85
Día 11: Tarde de fútbol 89
Día 12: Llega Rebeca..... 93
Día 13: Plaza Durbar de Katmandú, esta vez con guía..... 95
Día 14: San Valentín - Kopang, ajedrez y tertulia 101
Día 15: Templo de Pashupatinath (2) - Llega Pedro..... 105
Día 16: Café du Temple 107
Día 17: Patan (2)..... 109
Día 18: Excursión y picnic 113
Día 19: Bhaktapur..... 119

Día 20: Descanso en el hostal - Despedida de Arantza y Toni 123
Día 21: Swayambunath y Thamel - El Jardín de los Sueños 127
Día 22: Changu Narayan 135
Día 23: En la azotea del Paradise 139
Día 24: La fiesta de Shiva 141
Día 25: Norgayan Hotel - *Speech* de despedidas..... 145
Día 26: La muerta de Pashupatinath - Mi homenaje
de despedida..... 151
Día 27: El camino de vuelta 157

PRÓLOGO

Yo quería ver mundo. Llevaba dos años y medio trabajando para Europa Press, la agencia de noticias privada líder en España, pero el contrato tocaba a su fin. Todo es "impermanente", que dirían los budistas. Durante esos dos años y medio yo había realizado una interesante labor como *community manager* (editor de redes sociales), editor de la página web y redactor para la misma. Mi sección, mi soporte y mi mundo se llamaban Internet. Las cinco W del periodismo se resumían en las tres de la *world wide web*. Mi mente, como decía medio en broma medio en serio, estaba adquiriendo forma de web. Se me estaba 'pantallizando' la cabeza. A veces, por las noches, mientras dormía, se me abrían ventanas como se abren en el programa Windows. También daba algún tuit en sueños. Despierto, en la oficina (yo prefería llamarla redacción), hice cientos, miles de publicaciones en Twitter, Facebook, Google Plus, LinkedIn e Instagram. El mundo estaba ahí fuera, lo tenía al otro lado de la pantalla, e interactuaba incesantemente con él. Pero solo podía ver y leer el mundo en las dos dimensiones del plasma, y además de forma indirecta, siempre a través de intermediarios. Por eso, cuando el contrato avanzaba hacia su hora final, me convencí de que llegaba mi hora de salir al mundo.

Metí "voluntariado en el extranjero", o algo similar, en Google, y probablemente la primera página que me salió fue la de Tumaini. Primer punto para ellos, por contar con buenas herramientas y prácticas de posicionamiento SEO. La web de Tumaini no tuvo apenas competencia conmigo, pues se ajustaba a mis necesidades y las demás que vi

no. Enseguida me quedé literalmente prendado de ella por casi todos los motivos posibles: su disposición estética, su claridad, su concisión. También por el espíritu que pregonaba: flexibilidad, libertad y facilidad para el voluntario. Un espíritu que se remonta a la concepción de la ONG: Mónica, su fundadora, la creó después de haber hecho un viaje solidario a Kenia que le cambió la vida, y tuvo muy en cuenta las dificultades que había hallado para llegar a realizar un viaje de este tipo. Por supuesto, también me gustaron los proyectos con los que colaboran y los países de destino. En particular, me encandilaron dos proyectos: el de apoyo escolar a niños y adolescentes tibetanos en Katmandú, Nepal; y el de convivencia con los elefantes en Chiang Mai, Tailandia. Decidí que el orden natural de los voluntariados sería: un mes en Katmandú y, meses más tarde, quince días en Chiang Mai. 2017 empezaba a tomar forma: un año estupendo para viajar y escribir.

Me entrevisté con Mónica en un bar cerca de la Casa Encendida de Madrid. Como prometido, todo fue fácil; el requisito fundamental era tener muchas ganas de hacer voluntariado, y yo las tenía. Saqué los billetes de avión con más de dos meses de antelación: viaje de ida el 30 y 31 de enero y de vuelta el 27 y 28 de febrero. Contaba con la semana previa libre para preparar bien el viaje y despedirme de compañeros, amigos y familiares. El 28 de enero, además, aconteció un evento familiar muy especial: la inhumación de Francisco Delgado Iribarren, mi bisabuelo asesinado durante la Guerra Civil, en la misma tumba de su esposa, Carmen Negrao Blein, su hijo, Francisco Delgado-Iribarren Negrao, y su nuera, María Luisa Pastor Roig. En aquel sentido homenaje en la Sacramental de San Justo leí tres poemas en honor a los citados. Nuestro mundo de ultratumba quedaba más ordenado con esta reagrupación de restos. Después de celebrarlo con una gran comida, esa misma noche festejé la cena de despedida con mis compañeros y amigos de Europa Press. Aún tuve un día entero para recuperarme, el domingo, antes de hacer el equipaje y partir el lunes por la tarde. El mundo me esperaba.

30 DE ENERO

VOLANDO AL OTRO LADO DEL MUNDO

El mundo me esperaba con más sorpresas de las que podía imaginar. Pero antes me tocaba atravesarlo, surcarlo por los cielos, salvar los 7.992 kilómetros que separan Madrid de Katmandú. No es tarea baladí, ni asunto menor. Tenía que empeñar un día de la vida en recorrer esa distancia: un primer vuelo Madrid-Doha de 6 horas 25 minutos, una escala en la capital catarí de 6 horas 40 minutos; y un segundo vuelo Doha-Katmandú de 4 horas 15 minutos.

Mi madre me acompañó amablemente hasta el control de seguridad de la T-4; alguna lágrima me dejé allí, ante la emoción de dar el paso más allá de todas mis fronteras conocidas. Esa lágrima tendría el mismo sabor que la que solté cuando firmé algún papel del Erasmus, programa que finalmente no pude hacer. Avanzo, emocionado, bajo el cielo ondulado y amarillo de la T-4. Como una esperanza, aparecen las azafatas, elegantes y guapas, de Qatar Airways, mi compañía, con la cabra en el gorro. Son todas esbeltas, con buenas figuras, y lucen impecables trajes granates. Son la primera referencia humana de mi viaje.

Como en *Más que menos* un rústico de paleta ibérica con queso brie, con botella de agua sin gas, como forma de despedirme

de España. En el *24 horas* Julio Salinas comenta lo que ha dado de sí la última jornada de Liga. Doy cuenta tranquilamente de mi cena cuando se oye un estrépito de cristales rotos, al caerse presumiblemente una bandeja o buena parte de su contenido. El camarero tranquiliza con templanza al cliente: "Más se perdió en…" No lo entendí, pero no dijo Cuba. No consigo conectarme a wifi, y llamo por teléfono a mi madre mirando al ventanal.

El embarque empieza con cierto retraso. En el asiento E, en el centro de la fila 20 del avión, me toca junto a un grupo de tres viajeros de *look* Rosendo. Son greñudos, con melenas rizadas hasta la rabadilla, y con las caras arrugadas. Uno se sienta a mi lado, otro más allá del pasillo y el tercero en la fila de detrás. Van hablando con voz ronca y no atenuada de todo lo que se les pasa por la cabeza. Van a Bangkok.

Tengo pantalla delante, no tan grande como las de Business, pero todos los asientos tienen una. A mí tanta pantalla encendida me agobia la vista: es difícil huir de ellas. Paso las películas, series y documentales que ofrecen y veo *Eight days a week*, el documental de Ron Howard sobre los Beatles. Antes de despegar ya me lo estoy viendo, y me lo veré entero, de do a si, en su hora y tres cuartos de duración. De paso, mis oídos van haciendo músculo en inglés.

La cena del avión incluye pollo pasable y un arroz amarillo —imposible llamarlo paella— infumable; apenas lo probé. Cuando por fin recogen la bandeja me cambio al asiento contiguo, que está libre, el 20D. Desde entonces Rosendo y yo viajamos más cómodos. Termino los diez minutos de documental que me faltan e intento dormir: el sueño será duro y con continuas cabezadas espantadas al diapasón de las turbulencias. Ni con antifaz para los ojos, ni con tapones para los oídos, ni con cojín para la espalda consigo un sueño plácido, ni de lejos. El espacio en la cabina es más estrecho de lo que pensaba; y de lo que Rosendo pensaba, también.